



Miguel Arteché

# **Destierros y tinieblas**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Miguel Arteche

## Destierros y tinieblas

### QUEVEDO HABLA DE SUS LLAGAS

El sueño ha terminado para siempre.  
Ayer la muerte, que empezó en la vida  
del parto sin noticia, quiso al cuerpo  
semilla y carne de una tierra oscura.  
Llueve y penetra frío entre mi vientre;  
mas mi costado estéril, ¿dónde yace?  
Ciego del ojo izquierdo, cancerado,  
tullido me dejaron en la ausencia  
y la distancia lúgubre de invierno  
fosco y desamparado; mis amigos  
hacen burlas de mí, quisieran verme  
exactamente hambriento y degollado.  
Demos algo de tiempo al parasismo,  
que ya se acerca y espantoso suena  
el golpe, el golpe de la muerte mía,  
grave y seguro al reino del espanto.

Ya le sobro a mis huesos: ya me sobra  
mi muerte breve en las rodillas frías.  
Hoy nazco y no envejezco. El nacimiento  
de hombre mortal que atesoró la muerte  
quedó borrado en sueño, en ramalazo  
feroz de tierra removida. Miro  
lo que será de aquel desengañado,  
lo que será de aquel silencio  
que abrió las puertas de la torre muerta.  
Falsarios, bujarrones, pobres príncipes  
de ayer: tal vez vuestras mercedes tienen  
fragantes, delicados los alientos.  
Mozos enjalbegados, ya la corte  
ha de cerrarse tras las extensiones  
tristes de vuestras sedas filipenses.  
Los escribanos turbios, boticarios

que adulteraron muertes silenciosas,  
cunas y sepulturas reunidas  
junto a la voz adúltera del Duque,  
libelos sodomitas por las calles  
hablan de mí (vuesa Excelencia tiene  
qué comentar: se dice, se susurra  
que me he vendido, que en mi mano suenan  
dineros extranjeros, y otras cosas  
cuentan de mí corchetes de la muerte);  
todos, España, llenan tus dominios  
de gusanos, y el Rey toma su baño  
entre ministros sucios y elegantes.  
La corona se inclina ya podrida.  
Sobre tu piel amada, España,  
unas velocidades de langostas  
sin rey se lanzan devorando todo  
tu ardiente espacio de alba estremecida.  
Yo le sobro a mis huesos: su compañía  
comodidad y aliño es de gusanos.

Desde esta noche está el sepulturero,  
fijos los ojos negros en la tumba,  
contando pobres, míseros despojos.  
Ya no me queda nada. Mis espuelas  
doradas yacen en las manos turbias  
de algún ladrón: con ellas sujetaron  
la atroz mortaja. No me queda nada.  
Me profanaron todo: hasta la muerte  
apenas si fue mía. Luego algunas  
manos distribuyeron huesos húmeros,  
difuntos de otras muertes, de otras vidas,  
y en ellos revolvieron mi esqueleto  
o la memoria de su cal deshecha.  
Las pústulas de ayer, los apostemas  
no están allí, y el viento de mi cuerpo,  
junto a las cuatro siempre repetidas  
paredes de la cárcel, no me invade,  
ni las heridas que cauterizara  
mi propia mano. ¡Tierra es lo que sobra  
para enterrar amor, tierra pisada  
para cavar el polvo enamorado  
que amé, que amé sobre las lejanías!

Dios está cerca. Sobre los rosales  
un viento extraño mueve las estrellas.

**GIRANDO**

Y ahora en el espacio, en el oscuro espacio  
de la estrella, en una habitación que desconozco:  
en el espacio  
sin campo,  
sin lluvia,  
sin manos  
y sin ciudades. Ahora: en el espacio,  
donde no habita nadie, donde la oscuridad es llanto  
sin respuestas. Solo, con una silla, y desnudo,  
canto:  
pero no tengo voz, pero no tengo manos.  
Gira y arde en el espacio  
mi habitación desnuda. Y canto  
a ver si me responden desde abajo.

Y veo cómo se rompen las paredes,  
y veo la luz, y clamo  
por las palabras que no brotan. Y el resplandor se acerca  
girando.  
Pero no es tu luz, Dios mío, y el espacio  
salta en la noche perdurable. Y vuelvo  
a cantar  
a ver si me responden desde abajo.

### **SOLILOQUIO DE LA ENAMORADA EN LA NOCHE**

Pero ayer no fue tu tiempo. Tu tiempo comenzaba  
detrás de la oscuridad, en las doradas  
tumbas de algún otoño. Porque tu tiempo  
no es el de ayer, ni siquiera será el que me arranques  
el día de la mirada. Pasé yo junto a ti,  
y te miraba. Y era el tiempo sobre los sellos del amor.

Las calles en que no estás se han tornado vacías:  
la alegría furiosa estalla en el pavimento:  
brotan las extrañas flores de los rostros  
recibiendo la luz gloriosa: y en la tarde  
la juventud es inmortal bajo la cólera de la vieja primavera.  
Y tiemblo al recordarte: escucho siempre tus palabras:  
temblaba cuando abandonaste tu mano sobre mi vientre,  
porque me sentía herida: y eran tus palabras  
las que me penetraban. Y era el óleo primero del amor.

Ay: el tiempo y las tinieblas del amor están perdidos,  
y no tengo raíz que me haga renacer,  
y no puedo despedirme entre estas cuatro paredes muertas.  
Ay: el tiempo del amor derrotado, el minuto del viento que pregunta

fluyen en mí, manan de mi cuerpo como los ríos claustrales de la ausencia,  
y estoy despierta en la noche mientras el cielo arde desde que amanece  
y la gloria de abril se escucha afuera.

Todo era hermoso entonces. Estabas  
siempre partiendo de ti mismo. Y yo partía  
de ti para encontrarme. Si te inclinabas  
el agua del amor me borraba los ojos. Si te inclinabas  
era como si tu vientre se uniera con el mío dentro del vientre de tu madre,  
y yo no hacía sino quemarme interminablemente,  
y mirando todo el mundo pasar ante mis ojos, tú entrabas en mi muerte, mudo, y la  
penetrabas,  
cuando descendías sobre mi cuerpo, y cuando mi cuerpo era tu agricultura sedienta.

¿Es él el que regresa preguntando cuánto ha durado el tiempo y cuántos siglos espero?  
Yace en otro país y otro tiempo late para él, otro tiempo distinto del mío:  
duerme mientras yo camino y converso con otras personas:  
y yo no puedo estar en ninguna de esas cosas,  
y no es él el que vuelve sino la lluvia que amenaza a la capital desde el norte  
y los millones de miradas estremecidas por el repentino otoño que ha llegado.

¿Quién llama, amor mío, desde las torres de los edificios altivos?  
¿Eres tú el que pregunta en el silencio de la noche?  
Los pasos se alejan por la calle y los muros envejecidos:  
y no eres tú el que regresa,  
porque sólo se tienden sobre mi rostro todas las insignias del amor derrotado  
y nada queda en mi corazón sino los ecos que repiten largamente las campanas de la  
oscuridad.

---

**[Facilitado por la Universidad de Chile](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la  
**[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el  
siguiente **[enlace](#)**.



**editorial del cardo**